

LA NUEVA PSICOLOGÍA ESPIRITUAL

Honorio Delgado*

Si admitimos que una ciencia es una porción del saber sistemático, es decir, una multiplicidad de experiencias y de conceptos, de una parte, y de juicios y de conclusiones, en relación con experiencias y conceptos, de la otra, todo ordenado y reducido a la unidad gracias a ideas e hipótesis; la psicología, en su estado actual, difícilmente puede ser considerada como una ciencia en el sentido riguroso del término. En efecto, la multiplicidad de experiencias de las cuales ella se compone, difícilmente permite reducirla a una unidad de ideas fundamentales y de métodos, a una síntesis unitaria de tendencias. Nuestros conocimientos relativos a aquello que hay de general, de explicable, de causal y de elemental en los fenómenos psicológicos y, más especialmente, en sus condiciones y expresiones corporales, pueden estar bien coordinados, de modo que constituyan una ciencia natural, empírica y positiva; en contraste, el conocimiento de lo individual, de lo comprensible, del final y del total -lo más característico en los fenómenos psicológicos, lo mismo que en la Historia-, no puede tener lugar más que en las ciencias llamadas morales, culturales, o ciencias del espíritu. La unidad de la Psicología, en tanto que ciencia, constituye más una aspiración, por el momento irrealizable, que una realidad adquirida.

Si esto es así, podemos definir la Psicología como la disciplina, sin base teórica unitaria, que trata de la vida mental, considerando tanto la estructura, la significación y la finalidad de sus manifestaciones como sus expresiones y condiciones corporales y su medio (mundo objetivo: naturaleza y cultura; ambiente social). De manera que, así como la psicología fisiológica considera los fenómenos corporales que condicionan y expresan la vida del alma, la psicología espiritual debe estudiar aquello que se refiere a la actividad psíquica

del individuo, relacionada con el mundo de la cultura. También es legítimo considerar tres planos de la vida mental: 1. el plano inferior, que es el de la psicología fisiológica; 2. el plano medio, que es el de la psicología propiamente dicha, o psicología del alma; 3. el plano superior, que corresponde a la psicología del espíritu. Es sobre todo a lo largo de estos últimos años, y gracias particularmente a Edouard Spranger y a Max Scheler, que el estudio del plano superior de la vida psíquica ha cobrado importancia, si bien ya a fines del siglo pasado Wilhelm Dilthey había formulado al respecto algunas ideas directrices. Nos proponemos mostrar en este artículo lo más característico de este novedoso aspecto de la psicología.

VIDA PSÍQUICA INDIVIDUAL. HISTORIA Y MUNDO ESPIRITUAL.-

El mundo exterior, que interesa en grado sumo al hombre civilizado, no es precisamente aquel de los objetos y de los fenómenos naturales, sino el mundo esencialmente humano, de cuya naturaleza no podemos tener una idea más que siguiendo una serie de aproximaciones sucesivas. En primer lugar, si, mediante una abstracción, se considera solamente la experiencia del yo vital, se constata que ella está condicionada tanto por las disposiciones internas del yo como por aquello que hay de inmediato y de actual dentro de las cosas y las fuerzas del mundo exterior. En contraste, la interacción efectiva que se produce entre el individuo humano total y su ambiente, lejos de componerse de instantes discontinuos, representa una continuidad unitaria, en la cual los efectos e influencias del pasado continúan determinando la forma y la orientación de cada momento: la vida vivida no se ha hecho de piezas y trozos, sino que representa una

* Publicación del autor extraída de *Scientia*. Diciembre 1933, París.



La Nueva Psicología Espiritual

organización en el tiempo, un todo vivo; desde el punto de vista concreto, uno se encuentra en presencia, más que de un proceso, de un ser vivo en el cual la propia historia contribuye a ordenar los fines y los planes. «La naturaleza forma al hombre, el hombre se transforma.... La situación y las circunstancias exteriores pueden siempre determinar lo que circunda al hombre, pero lo más importante es la manera como él se deja determinar» (Goethe).

Nosotros tenemos que considerar, en segundo lugar, el aspecto de la actividad psíquica que corresponde a las relaciones interpersonales o sociales. ¿Cómo, en efecto, se podría comprender la vida de un sujeto, si no tomáremos en cuenta sus relaciones con los otros individuos con los cuales él vive? Las relaciones interpersonales, pasadas y presentes, y las metas comunes contribuyen a la formación de la personalidad humana en mayor medida que el resto de la naturaleza, animada e inanimada.

Acabamos de considerar dos aspectos en el plano del yo: el vital y el social. Pero, si nos limitáramos en estos dos planos, nos quedaríamos en la esfera de la abstracción, cuyo artificio está hecho para mutilar el conocimiento de la naturaleza humana, dado que toda personalidad tiene un tercer aspecto: el aspecto histórico. No somos solamente los testigos del proceso del devenir o curiosos para entrometernos en aquello que hizo la humanidad; más bien, somos nosotros los que hacemos la historia. «Nosotros somos, dice Dilthey, antes que todo, seres históricos y, en segundo lugar, los contempladores de la historia; y no podemos ser esto último sino porque somos aquello».¹ Toda relación interpersonal está condicionada históricamente, y toda vida individual aparece desprovista de significación psicológica si no tomamos en cuenta lo que podríamos llamar su contexto social e histórico. Del mismo modo

que en lo concerniente a la herencia tomamos en cuenta las disposiciones físicas y mentales, debemos tomar en cuenta, cuando se trata de la tradición, la forma y el contenido de la cultura, gracias a la cual somos hombres y no simples animales. «¿Qué es lo que forma el medio ambiente para nosotros, hombres civilizados?» No es ni la naturaleza, ni el conjunto de fuerzas, propias de su género, que se ejerce de manera salvaje conforme a las leyes que le son propias, pero ajenas al espíritu humano: es una densa red de entidades y de objetivaciones del espíritu. La escena sobre la cual se desarrolla nuestra vida está constituida por esta tierra, donde está depositado el trabajo de innumerables generaciones, *aerugo nobilis*, pátina venerable de la historia humana, paso a paso reconstruida y destruida, cultivada y abandonada; palestra de todos los estilos y ruinas de estilos, de los cuales, ciertas partes se encuentran tan bien destrozadas, trabajadas y ordenadas, atravesadas de caminos y senderos, que solamente en los desiertos y en los bosques apartados todavía podemos contemplar cara a cara el suelo maternal de la naturaleza y solamente en raros entornos es posible aún percibir su latido eterno. Esta tierra es el palimpsesto más antiguo que existe. Estamos inscritos allí y no seremos los últimos. A la línea directriz de esta tierra, teatro de la historia humana, nuestros órganos de percepción están acostumbrados. Es conforme a su lógica como nosotros pensamos y es su carácter regular el que forma el clima de nuestra vida».²

Se podría creer que, habiendo salvado esta tercera etapa, hemos hecho el recorrido completo del horizonte y que estamos al fin en posesión de todos los elementos necesarios para comprender las condiciones ambientales y el campo de expresión del alma humana. Lejos de ello: no se sabría, en efecto, concebir la sociedad y el alma humana sin aquella cosa que da valor a la tradición y a la cultura y que asegura su continuidad: el mundo impalpable

¹ Wilhelm Dilthey, «Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften», Tomo VII de *Gesammelte Schriften*, Leipzig, 1927, p. 278.

² Hans Freyer, *Theorie des objektiven Geistes*, Leipzig, 1923, p. 13.



de las cosas y las exigencias ideales. Gracias a ellas, nuestra vida asume un significado atemporal, participa del cosmos espiritual cuyas leyes son trascendentes y rigen la individualidad y la colectividad, la biografía y la historia.

LOS OBJETOS ESPIRITUALES.- La actividad del yo en relación al universo circundante se nos presenta así como una intencionalidad de la conciencia, la cual, cuando procede a objetivos, afirma no solamente la exterioridad y la existencia real de las cosas sino también el significado y la esencia, la legitimidad y las leyes, la validez y el valor de lo que existe alrededor de nuestro yo: ella postula una distinción entre los objetos espirituales y los objetos naturales o materiales. Un mueble, una máquina, una obra de arte, un libro, una reliquia, etc, son ciertamente objetos materiales, pero, en tanto que cuerpos físicos o realidades eventuales, no nos hacen vibrar afectivamente ni despiertan nuestros intereses perceptivos más que de una manera accesoria o accidental; sólo en cuanto son productos de la actividad humana, encarnaciones de diseños, de ideas, de creencias, de evaluaciones, etc, somos capaces de comprender y de compartir, afectan nuestra vida esencialmente.

Gracias a nuestra atmósfera humana, cargada de motivaciones y de exigencias ultrafísicas, nuestra vida de relación adquiere un contenido espiritual. Aunque nuestro conocimiento, como dice Kant, empieza por la experiencia, no se halla en la experiencia su única fuente de origen. Los objetos que se ofrecen a la mediación de nuestros sentidos no nos dan la impresión de espiritualidad, sino cuando su exterior expresa la influencia significativa de la vida humana, del mismo modo que nosotros atribuimos vida psíquica a los animales y a los hombres, porque sus manifestaciones se nos presentan como expresiones de sus propias vidas. Se puede decir esquemáticamente que la relación o la referencia que nosotros establecemos entre un signo exterior y una influencia o una intención humana constituye el *sentido*. Que el signo

deba su exteriorización a un propósito deliberado o que sea involuntario, importa poco. El signo lleva en sí mismo su significado, como el cuerpo encarna al alma. El signo es la apariencia del significado: si el significado es espiritual, es sólo comprensible para el espíritu.

Las objetivaciones del espíritu nacen gracias a la actividad del individuo. En consecuencia, la aprehensión del significado aparece, en último análisis, como la aprehensión personal del significado asignado por una o muchas personas. Esta atribución de un significado se extiende a la expresión, a la acción y a la obra. Pero no debemos ver en toda expresión, acción u obra una objetivación del espíritu. Esta cualidad no corresponde sino a los gestos o movimientos que podríamos llamar *representativos*. A partir de Freyer,¹ se debe distinguir entre estos movimientos representativos tres planos de objetivación 1. gesto de dirección o de indicación, como por ejemplo aquel con el cual señalamos una puerta; 2. gesto figurativo, o imagen dinámica, por ejemplo, los movimientos de la mano con los cuales representamos el zigzag de un rayo; 3. formación materializada, es decir, signo exterior, separado de la persona, su autora. En este tercer plano de objetivación, Freyer distingue cinco categorías fundamentales: a. creación, es decir, obra de arte; b. utensilio, por ejemplo, instrumento de hierro; c. signo, en el sentido estricto del término, por ejemplo, la escritura; d. institución social: un club, un Estado; e. educación: aprendizaje de un oficio. Entre el gesto figurativo y la formación materializada se ubican los sonidos y el lenguaje articulado.

Es igualmente considerado como espíritu objetivo aquel que corresponde al mundo esencial de las formas y de la materia *a priori*, el mundo de la trascendencia; vale decir, de todo aquello que, sin ser fenómeno de la experiencia,

¹ Freyer, op. cit., pp.16-27. W. Schmied – Kowarzik critica la clasificación de Freyer y propone una modificación, que no tiene interés para nuestro objetivo, en su obra: *Die Objektivation des Geistigen*, Leipzig, 1927.



La Nueva Psicología Espiritual

constituye su condición y la de las modalidades de las relaciones entre el sujeto y el objeto: es la esfera de lo *ideal* o lo *normativo*. Las objetivaciones históricas y las esencias atemporales se encuentran reunidas dentro del *espíritu super-individual* en general. Las disciplinas que sistematizan las investigaciones que tienen por objeto el lado trascendental de los diversos mundos espirituales son: la teología dogmática, la ética, la lógica, la estética, etc, pero no la psicología. Esta debe dedicarse al estudio de la vida psíquica en sus relaciones con los contenidos y los objetos ideales que forman la materia de estudio de estas disciplinas; ella debe estudiar la experiencia y la conducta espiritual, -religiosa, moral, lógica, estética, etc.-, pero no las leyes, los axiomas, las esencias, los valores. Todo lo que la psicología busca conocer acerca de estas leyes, axiomas, esencias y valores, es la manera como ellos son acogidos y realizados por la actividad espiritual del sujeto, el cual, bajo esta perspectiva, se mueve entre dos infinitos: el del mundo psíquico individual y el del mundo del espíritu supra-individual.

EXPERIENCIAS, ACTOS Y ESTRUCTURAS ESPIRITUALES. VALORIZACIÓN.- Spranger¹ distingue entre *experiencias espirituales* y *actos espirituales*: en las experiencias, el significado se realiza, mientras que a los actos les atribuimos o asignamos un significado. Las experiencias representan una actividad receptora de valores; los actos, una actividad productora de valores. Le debemos a Spranger² una definición de *estructura espiritual*: conjunto coherente de disposiciones para la experiencia y la realización, organizado según el principio de los valores. Cuando esta estructura está organizada de manera que se ligue a una unidad de valor que tiene por centro al yo espiritual, nos encontramos en presencia de un alma o de una personalidad humana. En la estructura espiritual, como en el conjunto del organismo, las partes están

subordinadas al todo, que le es anterior. De esto se deduce que no es posible comprender la actividad psíquica de una persona, sin considerar su aspecto desde la perspectiva del valor. En efecto, en todo proceso intencional no se realiza solamente una cosa que es, una cosa que sucede, sino se juzga igualmente o se puede juzgar si esa cosa es ventajosa o desventajosa, noble o vulgar, verdadera o falsa, buena o mala, bella o fea.

El contenido del significado es suministrado por el valor, cualidad extra temporal, irreductible e irracional, y a las diversas esferas de significados corresponden valores de naturaleza diferente. Los valores se distinguen según su naturaleza y su rango y se ordenan según una escala que va desde los más inferiores, en la base biológica, hasta los niveles más elevados que sobrepasan el dominio puramente biológico. Así, tenemos entre los principales valores positivos: los valores hedonísticos, ligados a las fuerzas vitales y a las formas de vida; los valores económicos, lógicos, políticos, estéticos, morales, sociales y religiosos. Y como experiencias de estos valores tenemos: lo agradable, lo poderoso, lo noble, lo útil, lo verdadero, lo respetable, lo bello, lo beneficioso, lo justo y lo sagrado. Respecto a los objetos en los cuales los valores encuentran su vehículo, son: el organismo del individuo para los valores hedonísticos; las cosas para los valores económicos; las ideas para los valores lógicos; las figuras, las formas, los ritmos, etc. para los valores estéticos; la persona, con sus manifestaciones, maneras, intenciones, obligaciones y prerrogativas, para los valores relacionados con las fuerzas vitales y las formas de vida, y para los valores morales, sociales y políticos; en fin, para los valores religiosos, el conjunto de todo lo que existe en tanto que cosmos e hipercosmos espiritual, o como super-personalidad ligada a la necesidad de la salvación.

Aunque se constata que, en la práctica, el aspecto valor no es menos efectivo que el aspecto existencial -ya que los valores potentes, en tanto que móviles de acción, dan

¹ Eduard Spranger, *Lebensformen, Geisteswissenschaftliche Psychologie und Ethik der Persönlichkeit*, Halle (Saale), 1924, p. 21.

² Spranger, Op. cit., pl 18. Ver del mismo autor: *Psychologie des Jugendalters*, Leipzig, 1928, p. 9 -10.



origen a los eventos psíquicos-, no es inútil insistir sobre la autonomía radical de estas dos esferas respectivas. Así pues, se pueden destruir los vehículos de los valores, o los bienes reales, sin que por ello se destruyan los valores mismos que les son asignados; o, al contrario, los objetos pueden perder su valor, por cambios ocurridos en las preferencias, en la moda, etc, y subsistir en tanto que realidades puramente exteriores; puede ocurrir, en fin, que ciertos valores no puedan afirmarse, no puedan imponerse en una época dada de la historia, sin que estemos por ello autorizados a decir que sólo los valores negativos y positivos vigentes sean auténticos y excluyentes de todos los demás.

Por otra parte, es necesario distinguir el aspecto *valor* que presenta la posición del yo de la experiencia puramente afectiva. Frente a esa concepción de los valores que identifica el valor positivo con el placer y el negativo con el displacer, debemos distinguir, de una parte, el carácter objetivo de la conciencia que evalúa, ligando íntimamente el valor al objeto, y, de otra parte, la legitimidad propia de los valores que, si bien se realizan en el mundo exterior y en el tiempo, no presentan un contenido atemporal, puesto que ellos se actualizan al mismo tiempo en la experiencia empírica efectiva de nuestro espíritu. El valor es una cosa distinta del estado afectivo (tendencia, aspiración o preferencia) y del fenómeno intelectual (representación de un fin) que acompaña al acto psíquico correspondiente, y el valor es igualmente distinto de la pura relación convencional entre personas; él no es una simple «cuestión social». Es super-individual, por más que su emergencia exige ciertas condiciones individuales y sociales; es super-individual en el sentido de que el valor corresponde a una norma, a una ley espiritual, a una tendencia *a priori*; norma, ley y tendencia, con las cuales los actos y los fines individuales o colectivos pueden o no conformarse.

Es indiscutible que, según el punto de vista descriptivo y genético, la psicología otorga un lugar muy importante al elemento afectivo e

intelectual en la actitud del hombre que afirma valores: cuando el elemento afectivo es el que domina, nos encontramos en presencia de sentimientos de valor y de actos y experiencias emocionales, a base de preferencia y de repugnancia, los cuales, si son puros, tienen como objeto los valores mismos y, cuando son empíricos, se ocupan de los bienes; por el contrario, cuando es el elemento individual el que predomina, nos encontramos en presencia de juicios de valor. Sin embargo, ni la afectividad ni la intelección constituyen por ellas mismas actitudes de valoración: son funciones puramente psíquicas. Podemos decir, de un modo general, que toda forma primitiva de experiencia de valoración está ligada a procesos de naturaleza afectiva. Y esto se comprende, dado que, en la escala de valores, los que se presentan primero, por lo menos en el curso de la evolución individual, son los valores hedonistas, los que acompañan la satisfacción de tendencias afectivas. Los objetos que contribuyen a la satisfacción adquieren carácter de objetos-valor: en principio, se aprecia porque se desea, pero no se desea porque se aprecie. Poco a poco se transforman los valores propios, es decir, los valores directamente implicados en la satisfacción, en valores condicionados, en valores-medio; resultado obtenido al desplazar el énfasis desde los fines hacia los medios o hacia lo suplementario y concomitante. En todo caso, para que haya acto o experiencia que implique un valor, es indispensable que la tendencia espiritual específica cobre forma objetivando un ideal, una norma, una ley.

La división en categorías y la jerarquía en materia de valores son esencialmente axiomáticas, *a priori*. Se trata aquí de evidencias. Los valores estéticos son superiores a los económicos, y los valores religiosos son superiores a todos los demás. Por tanto, el silencio y el desdén heroico valen más que las transacciones inteligentes y los lamentos de sensiblería. Esto no resulta de ningún análisis, es dado tal cual al espíritu. No se debe olvidar al respecto lo dicho por Voltaire: «Cuanto de espíritu hay presente en



La Nueva Psicología Espiritual

el mundo resulta inútil para quien carece en absoluto de espíritu», es decir, para aquel que carece de lo necesario para captarlo. Asimismo, la escala de valores y la aptitud para apreciarlos puede variar con el sexo, la edad, la cultura, la época, las diversas concepciones del mundo, el grado de reflexión o su ausencia, etc. Dentro de esta materia, y como se trata de libertad, la creencia metafísica juega un rol primordial: «Yo creo en un mundo, dice Stern, que existe y que tiene al mismo tiempo valor; y (por esta razón) investigo ese mundo».¹ No entraremos en consideraciones más detalladas sobre los valores, ya que su estudio es objeto de una disciplina especial: la Axiología.²

LA COMPRENSIÓN ESPIRITUAL.- La comprensión espiritual que reclama esta esfera de la vida sobrepasa en amplitud y en variedad de materia a la comprensión estrictamente psíquica. Mientras que ésta se refiere únicamente a la experiencia individual y a su continuidad, sin buscar abarcar la biografía de la persona, la comprensión espiritual busca captar el significado de los nexos y de las reglas, bajo la forma de un conocimiento objetivamente fundamentado. Respecto a la vida subjetiva, ella llega a ser la comprensión de la comprensión. En efecto, para que las formaciones objetivas puedan actuar sobre el yo como algo que es más que una cosa puramente natural, ellas deben ser comprendidas por el yo. El significado de las objetivaciones para el sujeto se caracteriza espiritualmente por el grado de su comprensibilidad.

Mientras que la estructura de la vida subjetiva se articula con el macrocosmos de la vida super-individual, en el cual todo ser humano se incorpora desde los primeros días de su existencia, la comprensión espiritual

presenta dos polos: de una parte, el yo como centro de experiencias y de actos espirituales, gracias a los cuales él participa de las leyes de lo trascendente; de otra parte, el objeto en tanto que hogar de significado de esas mismas leyes. Emergiendo desde el centro subjetivo, diremos de manera imaginaria que se extienden, como otros tantos rayos virtuales, infinitas posibilidades de comprensión, más o menos adecuada y profunda, más o menos vasta y rica, condicionadas a lo largo de la vida, a partir de las disposiciones personales; respecto a estas posibilidades, a las cuales les dan consistencia, nosotros tenemos la realización de valores que se efectúan en el pasado en virtud de las exigencias de objetivación y de la elección personal de los fines, exigencias y elección que hacen considerar la vida como una tarea y, el mundo, como una materia plástica de la acción, para la cual las leyes del espíritu son directivas o líneas irreales que deben su existencia, su esplendor y su color de realidad a la actualización en el tiempo y en el espacio, gracias a la creación de bienes en concordancia con la vida y la conducta humanas: «Nosotros poseemos bienes celestes, pero dentro de los recipientes terrestres de la experiencia psíquica y de la eficacia material».¹ Por otra parte, alrededor del hogar objetivo se extiende una serie de círculos o esferas cuyo significado se corresponde con los valores, tanto en sus actualizaciones históricas como en sus posibilidades aún no agotadas. El objeto forma en del mundo como una base deleznable y contingente de aquello cuyas cimas se pierden en lo ideal y lo eterno.

De todo ello brota la evidencia de que la comprensión espiritual de una experiencia o de un acto, lo mismo que de una biografía o de una creación, no se reduce a hacer revivir o a obtener la representación de los estados correspondientes del sujeto que es su autor, sino que consiste en descubrir, en la situación

¹ William Stern, *Wertphilosophie*, Leipzig, 1924, p. 31.

² Sobre la valorización, ver, otras obras de Spranger y de Stern, y las de Max Scheller: *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik. Never Versuch der Grundlegung eines ethischen Personalismus*, Halle a. d. S., 1921, et *Die Sinungesetze des emotionalen Lebens*. Band J. *Wesen und Formen der Sympathie*, Bonn, 1923.

¹ Spranger, *Zur Theorie des Verstehens und zur geisteswissenschaftlichen Psychologie*. Festschrift Johannes Volkelt zum 70 Geburtstag, München, 1918, p. 266.

o serie de situaciones del conjunto sujeto-objeto, su dependencia en relación a un conjunto de valores; y este descubrimiento jamás es definitivo, dado que un primer conjunto está incluido dentro de otro más vasto, aquél dentro de otro más vasto aún, y así hasta formar la estructura universal. Se debe, pues, analizar la trama de las condiciones, de los fines y de las fecundaciones que se forma por efecto de los intercambios recíprocos entre el espíritu objetivo y la vida subjetiva, entre las leyes y las actividades, entre las exigencias y el trabajo o la abstinencia de trabajo, entre la libertad y la inercia, entre el destino y la creación. De esta manera, el mundo, resultado fluido de la interacción del espíritu super-individual y la unidad indisoluble e inefable del alma personal, brota de esta interacción bajo la forma de una totalidad única. En esta animación de lo impersonal por lo personal, esta trascendencia de lo subjetivo, residen el interés y el misterio de la cultura cuyo poder se extiende, abarcándolos, sobre los tres reinos: el inanimado, el animado y el ideal.

Está claro: tanto el ser individual como la esfera del objetivo espiritual son irreductibles

a un conocimiento total y absoluto. La tarea asignada a esta suerte de comprensión es, por tanto, ilimitada, con horizontes y niveles que se extienden hacia el infinito. Esto es lo que atañe a la materia de estudio. Lo mismo cabe decir de las aptitudes de quienes se entregan a este estudio: cuanto la agudeza y la fecundidad intuitivas, que pueden elevarse hasta la facultad de la adivinación, sean mayores la comprensión será mas vasta, completa y penetrante. A este género de hermenéutica, con la que contribuye la ciencia y la sabiduría, se aplica la sentencia de Bleuler: «La interpretación no es una ciencia sino por sus principios, pero es un arte por sus aplicaciones». En esto reside su fuerza al mismo tiempo que su debilidad: el éxito, el alcance, la profundidad y la plenitud de la comprensión espiritual están en función de la fuerza de intuición del intérprete. Esto, ciertamente, es válido no sólo para la psicología sino también para todas las ciencias morales e incluso para las ciencias de la naturaleza. Toda conquista realizada por el saber humano depende de la aptitud personal para descubrir los nexos existentes entre los significados de los fenómenos.

Lima, Perú. Universidad.

Honorio Delgado

Traducción del castellano al francés:

M. S. Jankélévitch, París.

Traducción del francés al castellano:

Vilma Paz

Revisión de la traducción:

Ana María Jeanmonod

